

ron las grandes dignidades, y á los uniformes militares sucedieron los trajes de corte. El nacimiento de un hijo [1811] al cual dió el título de rey de Roma, le pareció que consolidaba su dinastía y vino á aumentar el descontento en aquellos de sus parientes que esperaban poseer la herencia imperial.

gunos se han atrevido á tachar de egoísmo á esta señora, verdadero modelo de desprendimiento personal, para quien la abnegación humana parecía haber extendido sus límites, y que no obraba ni pensaba mas que para los otros y nunca para sí. Esta imputación irrita verdaderamente al que la ha tratado. En prueba de ello vamos á referir un hecho que está consignado en un libro no muy vulgar escrito por Mme. M. A. Le Normand, titulado: *Souvenirs prophétiques d'une Sibylle, sur les causes secrètes de son arrestation*, &c.—Paris, 1814.

"Me trasladé al palacio de la reina Hortensia (es Mlle. Normand quien habla), calle de Cerutti, en donde vi á la buena Josefina que estaba en compañía de su cariñosa hija. Ambos semblantes espresaban mutuamente el sentimiento del mas profundo dolor. . . . Habiéndome quedado sola con esta señora tan sensible, pasé casi dos horas conversando con ella, que me hablaba con una familiaridad amistosa y tierna. Fué entonces cuando me hallé en el caso de poder apreciar todo lo que valía esta noble víctima y su perseguidor. En esta entrevista Josefina me reveló cosas muy importantes, y pude calcular bien cuán grandes eran sus penas personales, y muy fundadas las sospechas de un porvenir, para ella aun mas desgraciado, porque preveía ya la suerte que estaba reservada á su infiel esposo.

"En esta circunstancia no le oculté que la visita que le hacia habria podido por un momento privarme de la libertad, añadiendo sin embargo que me reputaba dichosa de la confianza con que me honraba, y con especialidad de poder calmar las agitaciones de su corazón tan afligido. "¡Ah! le dije tambien, me juzgaria culpable á mis propios ojos si hubiese rehusado el honor que me habeis prodigado por temores meramente personales." Ella me contestó con un acento afectuoso: "Si os arrestaran por mi causa, olvidaré todos mis rencores." Esta excelente señora cumplió su palabra, y finalmente obtuvo que se le pusiese en libertad doce dias despues de haberse ejecutado el auto de prision contra mí."

Cuando cayó Napoleon no tuvo límites el dolor de Josefina. "¿Por qué, exclamaba, he consentido en esta separación? ¿Napoleon es desgraciado y yo no puedo partir con él su infortunio?" Cada periódico le despedazaba el alma. "Le acusan falsamente, decía: ¿quién puede saber mejor que yo que es todo lo contrario de lo que dicen?"

Aunque la política impone muchas veces el cumplimiento de ciertas ceremonias y etiquetas palaciegas, las acciones virtuosas y los ultrajes á la buena moral, conmueven los ánimos de los personajes mas ilustres, que lejos de sofocar sus sentimientos, se apresuran á manifestarlos por la sencilla razón de que las acciones virtuosas dan mucha satisfacción á los que la practican y gran-

Creó que aumentando la opresión y reforzando el despotismo administrativo, cesaría toda resistencia; y entonces (1810) estableció el código penal como si fuera un asunto de policía, como un medio de tener á raya á los nobles, á los clérigos, á los escritores, á los bribones. La parte espositiva de este código, respira en todos sus pasajes profundo desprecio á la humanidad y una íntima persuasión de que no se contiene á la sociedad sino con gendarmes; y en cuanto á la parte dispositiva, todo tendía á afianzar la seguridad del soberano, nada á garantizar los derechos del súbdito. El terror habia familia-

jean el afecto del público. Así es, pues, que los cortesanos de mas alta categoría y los mismos monarcas extranjeros no dejaron de profesar nunca mucho respeto para con la desdichada emperatriz Josefina.

Despues de haberse verificado la abdicación de Bonaparte, el emperador Alejandro la trató con particular distinción, y la visitó con frecuencia. A pesar de las lágrimas que se desprendían de sus ojos, estuvo condenada á recibirle y á presentarse alegre y amable. Pero algunas veces era tan grande su conmoción, que tenia que retirarse para llorar á sus anchuras, porque la consumía la incertidumbre sobre la suerte de sus hijos. El infortunio del hombre á quien miraba caído de la cumbre del poder y cobardemente calumniado, le causó una agitación que no podía calmar. La que con tanto valor habia hecho frente á los peligros de la revolución, porque le eran personales, no pudo soportar la idea del infortunio de aquel á quien mas amaba en el mundo. Era demasiado sensible su corazón para sobrevivir á semejante desgracia. Tantos y tan distintos tormentos encenderían su sangre, y la acometió de repente una inflamación á la garganta que puso en peligro su vida. Había, sin embargo, de recibir la visita del rey de Prusia, y se levantó del lecho, pero tuvo que retirarse al momento, no pudiendo resistir los dolores. Mostrábase, no obstante, tan llena de vida, que todavía no se concebían serias inquietudes. El emperador Alejandro le envió su médico, que la encontró muy mala, y fueron llamados igualmente los primeros médicos de la capital; pero ya no quedaba esperanza; y Josefina [Rosa Tascher de la Paciere], emperatriz de los franceses y reina de Italia, que nació en la Martinica el día 24 de Junio de 1763, murió el 29 de Mayo de 1814. Hubiera podido tomar desde sus primeros años estos lindos versos por divisa:

Y con ser tan hermosa
Aun era mas graciosa.

Algunos momentos antes de dejar de existir se la oyeron pronunciar por intervalos estas palabras: *¡La isla de Elba! . . . ¡Napoleon!*

Los últimos acentos de los moribundos son la mas viva expresión de las pasiones que han afectado su corazón durante el transcurso de su breve peregrinación en este valle de lágrimas y amarguras.

[Nota del traductor].

rizado á los franceses con la sangre, y así prodigaron tanto en aquel código la pena de muerte, la de marca y la de confiscación que castiga á la posteridad. Diéronse en él á la policía facultades desmesuradas; multiplicáronse las culpas calificadas de atentados contra la seguridad pública; se puso como precepto la delación; se suprimió el jurado á escepción de los casos de atentado contra las personas; creáronse muchos tribunales especiales, hiciéronse mas fáciles y arbitrarias las prisiones; estableciéronse cárceles de Estado donde todo aquel á quien se creía peligroso, podía ser detenido sin formación de causa, y por el simple dictamen del consejo privado del emperador. Otros muchos eran desterrados ó confinados por sola una orden del ministro, por una palabra, por un voto, en cuyo caso se encontraron tambien varias mujeres. Una vez el senado anuló la decisión de los jurados de Bruselas [1812], y mandó formar otra vez causa al gobernador de Amberes que ya habia sido absuelto legalmente.

LUCHAS RELIGIOSAS.

Teniendo Napoleon sometidos á su imperio los cuerpos, le parecia natural que lo estuvieran tambien las creencias y el culto. Teniendo de rodillas á los reyes ¿por qué no habian de estar á sus pies los sacerdotes?

En primer lugar, le pareció que debia ceder á su voluntad la antigua separación de los judíos, á cuyo efecto convocó en Paris el gran sanhedrin para que pudiese de acuerdo las prácticas israelitas con las del país. En éste se definió que la ley hebraica contenia disposiciones religiosas y disposiciones políticas, que las primeras eran absolutas, al paso que las segundas, destinadas al gobierno de Israel, en la Palestina, no podían ser aplicables despues de disuelta la nación. Por consiguiente, se declaró prohibida la poligamia, desusada en Occidente; se determinó que precediese el acto civil del matrimonio al acto religioso; que los judíos se conformasen con las leyes civiles en cuanto al divorcio, al repudio y al levirato (1); que era lícito contraer matrimonio con personas de la religión cristiana; que debia considerarse como hermano á todo el que reconociera un Dios creador; que todo israelita reconocido por la ley como ciudadano, debia conformarse con el código civil en todos sus contratos y préstamos; que si era llamado al servicio militar quedaba dispensado de la observancia de los preceptos religiosos incompatibles con éste; y por último, que si bien los israelitas seguían con preferencia las profesiones mecánicas y liberales, debían al mismo tiempo adquirir bienes raíces como medio de adhe-

(1) Ley de Moisés que mandaba al hermano de un difunto casarse con su viuda.

rirse mas á su patria y de obtener la consideración general.

Bonaparte, hijo de la revolución, habia mostrado respeto al islamismo en Egipto, y reconstituido despues con el concordato, no solo al catolicismo, sino tambien la supremacía del Papa en el hecho de haber recibido de sus manos la corona. A esto le indujo el deseo de oponer á la insurrección de la Vendée una especie de legitimidad uniendo en su persona los derechos de la revolución y los de la consagración, y la esperanza de robustecerse contra los reyes hereditarios á quienes queria atacar. Pero lo que él tomó por simple fórmula pareció otra cosa muy distinta al buen juicio público, el cual no se limita á sacar de una premisa las consecuencias que sus jefes desean, sino que pasa á deducir otras por su cuenta. Surgieron, pues, pensamientos en contradicción con los del conquistador, y le pareció usurpación el haberle privado de la facultad de deprimir un perdon á quienes él mismo habia ensalzado. Pocos dias despues del concordato publicó varios artículos orgánicos que presentó juntamente con aquel al cuerpo legislativo; pero el Papa no los habia reconocido, antes bien en un consistorio [24 de Mayo de 1802] se quejó de este fraude y luego protestó contra la tiranía que trataba de imponerse al pontífice (1), hasta el punto de pretender que en su consagración jurase no atender contra las libertades galicanas. Habíase hecho esperar á Pio VII, que viniendo á coronar á Bonaparte, obtendría la abolición de tales artículos, pero no fué así; lejos de eso no tardó Napoleon en trastornar el edificio católico en Alemania, destruyendo los principados eclesiásticos, y distribuyendo los pueblos sin consideración á su religión ni á su índole. Pio no podia sufrir tan grandes novedades sin quejas y protestas; pero Napoleon pretendia no haber dejado de aniquilar el pontificado sino para hacerlo su instrumento y tener á su disposición los rayos de Roma á fin de dirigirlos contra sus enemigos. En las conferencias de Tilsit habia visto que la religión no imponía la menor traba á Alejandro: ¿por qué, pues, se las habia de imponer á él? Por tanto, valiéndose del acostumbrado pretexto de protección contra los ingleses, ocupó á Ancona y las Mareas; hizo á Talleyrand príncipe de Benevento, y á Bernadotte de Pontecorvo; mandó al Papa que cerrase el puerto de Civitavecchia á los géneros ingleses, que le entregase á Luciano, refugiado en su territorio, y que pronunciase el divorcio de Gerónimo. Pero los Papas que habian defendido la santidad del matrimonio contra los señores feudales, ¿no habian de defenderlo entonces contra aquellos príncipes adivenedizos que querían cambiar sus mujeres plebeyas por otras de estirpe régia? Exigia además Napoleon que una tercera parte de los cardenales fuesen franceses con voto en

(1) En Artaud, Vida de Leon XII, cap. 30.

el cónclave, meditando acaso elevar al pontificado á su tío el cardenal Fesch. Esto habría sido equivalente á una renuncia de la soberanía; por lo cual Pio se negó á acceder á la propuesta (1809), y también á aplaudir, como era costumbre entonces, los actos de violencia cometidos con sus Estados. Napoleón llamaba á esta oposición ingratitud, y cobraba odio á aquel poder moral, al cual no podía alcanzar la fuerza de las bayonetas. "¡Qué insolencia, decía, la de los clérigos! En la división de la autoridad se reservan la acción sobre la inteligencia, es decir, sobre la parte más noble del hombre, y á mí pretenden reducirme á mandar sobre solo el cuerpo. Ellos se quedan con el alma, y me dejan el cadáver."

Pero pretendía también destrozar este cadáver obstinándose en que el Papa como príncipe temporal entrase en una liga ofensiva y defensiva con Francia y tuviese por enemigos á los que lo fueran suyos; y porque Pio respondió que siendo padre común no podía declararse enemigo de ninguno, Napoleón dijo que la propuesta liga debía reputarse como necesaria á fin de evitar que fuesen interrumpidas las comunicaciones entre los reinos de Italia y Nápoles. El general Miollis [1809] penetró, pues, en aquella península protestando que no tenía más objeto que el de pasar á Nápoles, pero luego como se vió en Roma, alegando por pretexto que era su única intención evitar una sublevación de los transtiberinos, ocupó el castillo de Sant-Angelo (2 de Febrero de 1809), apuntó los cañones contra el palacio Quirinal, é intimó á los cardenales de los reinos napolitano é itálico que volvieran á su país, ocupando los correos y violando el secreto de la correspondencia, perdiendo á quien se le antojaba, dispersando á los soldados pontificios, turbando el sosiego del Papa hasta en su propio palacio, donde penetró por medio del fraude y de la fuerza. Pio VII elevó altos lamentos contra atentados semejantes, pero Napoleón contestó declarando agregadas al reino de Italia las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino; intimando á los naturales de estas provincias que abandonasen inmediatamente á Roma para regresar á su patria, mandando á los obispos que presantasen juramento de fidelidad al nuevo gobierno. Habiendo triunfado después en Viena, decretó en Schenbrunn (17 de Mayo de 1809) la unión de los Estados pontificios al imperio francés, "países, decía, dados por Carlo-Magno, nuestro augusto predecesor, como feudo, sin que Roma cesase por esto de formar parte de su imperio." Retirando, pues, Napoleón aquel donativo, volvía á separar otra vez la cruz de la espada.

Confióse este mandato á Murat, el cual en la soberbia que da la fuerza contaba ya por suya toda Italia ó al menos la mitad de aquella península. Una partida de tropa penetró de noche á mano armada en el Quirinal bajo las órdenes del general Radet. El vicario de

Cristo no bajó la frente en esta circunstancia, silencioso como lo habían hecho otros príncipes, sino que hizo fijar en las esquinas de Roma una protesta contra la usurpación; elevó altos lamentos contra aquel acto de violencia; acusó á Napoleón de haber echado en olvido los servicios que le había prestado, excomulgó á los usurpadores, y se dejó llevar cautivo á Savona (1).

Fué entonces cuando se formaron dos departamentos franceses de los Estados pontificios, á saber, el de Roma y el Trasimeno; la capital del orbe católico fué considerada como la segunda ciudad del imperio y dado el título de rey de Roma al príncipe heredero de Francia. Con respecto á los asuntos eclesiásticos se decretó que los Papas á su elevación al pontificado, jurasen no adoptar medida ninguna contra las cuatro proposiciones de la iglesia galicana, las cuales fueron declaradas comunes á todas las iglesias católicas del imperio; se les señaló una renta de dos millones de francos en bienes libres de toda carga; se declararon gastos del imperio los del sacro colegio y los de la propaganda, ordenándose que tanto el primero como la segunda, la dataria, los archivos de

[1] Los que han leído la vida de Pio VII, no ignoran que en esta circunstancia se cubrió de inmarcesible gloria, desplegando una energía y una firmeza de carácter digna de los apóstoles y mártires de la primitiva Iglesia de Jesucristo. Nosotros vamos á referir en esta nota algunos rasgos de los más notables de este pontífice.

Cuando Napoleón le escribió "Vuestra Santidad es soberano de Roma, pero yo soy emperador de los estados de Vuestra Santidad y mis enemigos deben ser los suyos," el Supremo Pontífice le contestó: "Pio no reconoce ni ha reconocido jamás algún otro poder superior al suyo.... El emperador de Roma no existe.... el vicario de un Dios de paz, debe vivir en paz con todos sin distinción de católicos y herejes."

Cuando Napoleón le significó que haría ocupar por sus tropas los Estados romanos si el pontífice no condescendía con sus voluntades, Pio repuso: "No se disparará un tiro, me retiraré al castillo de Santo-Angelo y el general francés no entrará en él sino echando las puertas abajo: me colocaré bajo el umbral de la fortaleza, y sus tropas se hallarán obligadas á pasar por encima de mi cuerpo, entonces el mundo entero sabrá que el emperador ha hollado el cadáver del que lo consagró. Todo lo demás lo encomiendo á Dios."

Cuando el general Radet se presentó en el Quirinal é intimó al pontífice la agregación de sus Estados á Francia, decretada por el emperador, esponiéndole que le era mandado llevarle cautivo fuera de Roma si se negaba, Pio contestó: "He aquí el galardón que recibo por mi demasiada condescendencia con el emperador y la iglesia galicana. Pero será acaso culpable ante Dios por actos semejantes y él quiere castigarme, me someto, pues, humildemente.... Vamos, y se cumpla su santa voluntad."

(Nota del traductor.)

las misiones, y todo lo demás fuesen trasladados á Paris, donde prodigando millones se preparaba la constitución de un nuevo Vaticano. Napoleón, á pesar de que habría podido entonces crear un patriarca de Francia, imperio que comprendía á la sazón las cinco sextas partes de la Europa cristiana, prefirió un Papa colocado en Paris, que le diese influencia sobre España é Italia, sobre la confederación del Rin y la Polonia: calculando también que las misiones en América y en Asia difundirían la gloria y el poder de Francia y que los concilios de Paris representarían la cristiandad. En suma, Napoleón quería ser como los monarcas de Prusia, Rusia é Inglaterra, el jefe de la religión en cuanto pudiese permitirlo el catolicismo, á fin de hacerla servir á sus miras políticas.

Habiendo pensado una vez Luis XIV en citar á su presencia á dos obispos porque no habían querido condescender con sus pretensiones, Bossuet les dijo: *el cielo os libre de dar semejante orden: debéis temer mucho que el camino por donde pasen se cubra de un pueblo hincado de rodillas para implorar su bendición.* Otro tanto sucedió á Pio, que tratado en su viaje sin miramiento de ninguna especie, pudo consolarse con los homenajes que recibió de todo el pueblo. Las violencias son de una índole tan perversa, que una vez comenzadas es preciso llevarlas hasta el extremo. En efecto, Pio fué trasladado á Savona como un preso vulgar, no dándosele más de tres francos diarios, separándolo de sus consejeros, y vigilándolo cada día mas bajo el pretexto de que los ingleses proyectaban llevarse clandestinamente.

El pontífice se avezó á la resistencia pasiva y se negó redondamente á consagrar los obispos, de suerte que las iglesias quedaron viudas; no quiso tampoco reconocer el divorcio de Napoleón, declarando que su segunda mujer no era más que una concubina, y últimamente le excomulgó. Habiendo vacado el arzobispado de Paris, á pesar de que Fesch declaró que no lo recibiría sino del Papa, Maury, cardenal adicto á Napoleón, lo aceptó sin consagración pontificia; pero el cabildo se reunió para decidir si debía confiarse ó no la administración de la diócesis, y aunque la mayoría resolvió afirmativamente, algunos creyeron indispensable la autorización del Papa. En tanto los breves de Pio circulaban á pesar de la prohibición y de las persecuciones de la policía. Para debilitar la resistencia del pontífice, ó mas bien para inutilizarla, Napoleón puso en juego multitud de medios. Hizo que todos los obispos del imperio respondiesen á la declaración del obispo de Paris; y los de Italia, puestos de acuerdo con el virey, se manifestaron mas serviles aún, asegurando que el cuerpo de los obispos en ejercicio representaba á la Iglesia, que toda institución humana debía considerarse como ajena á la gerarquía eclesiástica, y que en los tiempos primitivos no había habido ni institución cono-

cida ni juramento de fidelidad. Después Napoleón convocó un concilio de todos los prelados del imperio y de la confederación del Rin, á fin de que resolviera las dificultades que se habían suscitado en el seno de la Iglesia: ostentación de nueva especie, nueva imitación de Constantino y Carlo Magno. Ante la comisión eclesiástica que preparaba los trabajos para el caso, Napoleón discutió con los prelados sobre la autoridad temporal del soberano pontífice, y cuando el octogenario abate Emery le probó con un argumento ad hominem que Bossuet mismo había declarado indispensable aquel poder, respondió: *eso podía ser cuando Europa tenía diversos señores, pues no era conveniente que el Papa estuviese sometido á uno en particular; pero no ahora que no conoce otro soberano mas que yo.*

Propusieronse á la asamblea los siguientes puntos. ¿Puede el Papa por negocios temporales negar su ministerio en los negocios espirituales?

¿No convendría que el consistorio del Papa se compusiese de prelados de todas las naciones?

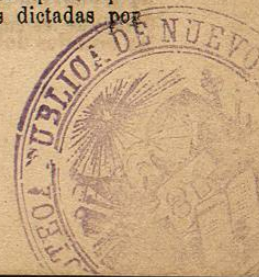
No habiendo el gobierno francés violado el concordato, ¿puede el Papa negarse arbitrariamente á consagrar los obispos nombrados y arruinar la religión en Francia, como la ha arruinado en Alemania, donde hace diez años que no hay un obispo?

La bula de excomunión fué fijada y difundida clandestinamente: ¿cómo se podrá evitar que los Papas se abandonen á excesos tan opuestos á la caridad cristiana y á la independencia de los tronos?

Pero antes de que se ventilaran tales cuestiones, los obispos pensaban en otra de mayor trascendencia, á saber, si ellos tenían derecho para reunirse sin previo permiso del pontífice. En efecto, aunque se mostraron individualmente sumisos á Napoleón, aunque en sus mensajes particulares asistieron á lo declarado por el cabildo de Paris, no atreviéndose en cuerpo á considerarse como asamblea religiosa, eludieron las cuestiones, estuvieron en correspondencia secreta con Savona, y enviaron al Papa su sumisión. El clero se había regenerado en las tormentas sufridas, y si entonces no dictó disposiciones sabias y nuevas, en cambio dió un gran ejemplo de valor tanto mas admirable, cuanto que todas las frentes se habían inclinado ante el poderoso, y cuanto que el clero mismo se creía obligado á complacer á Bonaparte, que cual nuevo Ciro había reedificado á Jerusalem.

El Papa entre tanto, oponiendo una constante resistencia á las insidiosas proposiciones de Napoleón, exclamaba: "Dejadme morir digno de los males que he sufrido." Entonces éste, irritándose sobre manera, le maltrató, hizo perseguir por la policía [1] á

(1) El manuscrito de Santa Elena dice que por las diferencias con Roma estaban presos quinientos clérigos. Otras memorias dictadas por



sus fieles servidores, y les obligó á renunciar sus cargos ó les sepultó en los calabozos, donde si pedían el breviario se les brindaba con un tomo de Voltaire. Despues (14 de Enero de 1811), se intimó al Papa de parte de Napoleon la absoluta prohibicion de comunicarse con ninguna iglesia ni con súbdito alguno del imperio, calificando la infraccion de este mandato como desobediencia, que se castigaria cuando llegase el caso en la persona del Papa mismo. "Que cese, añadia despues Napoleon, de ser órgano de la Iglesia el que predica la rebelion, y pues que nada puede hacerle tener prudencia, tenga entendido que el emperador puede, imitando á otros predecesores suyos, destituir á un Papa cuya alma es todo hiel."

¡Desventurada la fuerza que se pone en lucha con una idea moral! Napoleon decia á De Fontanes: "Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter sin ser contradicho, y un monarca como yo encuentra un sacerdote que lo vence con su poder, porque reina sobre el espíritu, al paso que yo reino únicamente sobre la materia."

La situacion era, pues, en lo interior de despotismo, en lo esterior de conquista: ¡tan pervertidas estaban ya las teorías osadas, pero nobles de la asamblea nacional! Napoleon, que era hijo de la libertad, debía perecer despues de haber desgarrado la entraña de su propia madre. La diplomacia no podia ya confiar en su moderacion ni en su palabra, y las ruinas que se extendian por do quiera se amontonaban para producir otras. El único objeto de Napoleon era el de conquistar pueblos para que le sirvieran de escalon para conquistar otros; los príncipes no podian ya calcular si les convenia obrar de esta ó de la otra manera, pues los planes mas diversos conducian á un mismo resultado.

A la familia de España se la tenia cautiva despues de haberle faltado á todos los pactos, y sin embargo se la imponia mostrarse contenta en tan lastimosa situacion. Austria, para salvarse, se habia visto obligada á brindar con una hija suya al déspota sentado en el carro triunfal; Prusia se estremecia sumida en una humillacion insoportable; los pequeños Estados de Alemania habian comprendido que la neutralidad, ya imposible, les conduciría al abismo; Suiza, Holanda é Italia habian sido reorganizadas á merced de Bonaparte, y no podian llegar á prever los cambios instantáneos que les esparcieron. El mundo estaba cubierto de escombros, y todos anhelaban la caida del comun opresor. Pero mientras los monarcas yacian postrados, los pueblos empezaron á cobrar valor y se extendieron las sociedades secretas, proclamando la nacionalidad próxima á tener su epopeya. Entonces se inventó en España

Napoleon, niegan la autenticidad de aquel y reducen este número á cincuenta y tres, añadiendo: 715 Pont été legitimement. [Nota inserta en el libro de los cuatro concordatos.]

la palabra *liberales*, destinada ella tambien á dar la vuelta al mundo. Las cortes otorgaron una constitucion enteramente democrática, y Mina la estampó un sello altamente nacional con la sangre de cuantos franceses caian en sus manos [1]. En Italia los carbonarios se combinaron entre sí para restablecer las antiguas dinastías con gobiernos templados.

(1) En una obra anónima impresa en Paris, año de 1818, titulada: *Relacion de un soldado italiano que peleó en España*, encontramos la carta que insertamos á continuacion.

"Habiéndome trasladado á Londres poco despues del tan célebre 2 de Mayo, tuve la satisfaccion, no tan solo de ver el trono de Bonaparte ya próximo á desplomarse, sino tambien honrado el valor de la sola nacion que en Europa se opuso con invencible valor al déspota de la humanidad. Cuando llegaban á las orillas del Támesis emigrados españoles de los que habian ofrecido en holocausto sus personas y sus bienes á la independencia de su patria, era para Inglaterra un dia de solemnidad. Lores, comerciantes, mujeres, niños y toda clase de personas salian al encuentro del recién venido, victoreándole y derramando lágrimas de ternura. He visto al bueno de Argüelles llevado en brazos por el pueblo de Londres, y á varios otros personajes que habian figurado desde el año 1808 al 12.

"A la guerra de España, añade el anónimo, debe en parte la Europa la caida del tirano y la humillacion del orgullo soldadesco de sus satélites. Me acuerdo aún de lo que me dijeron algunos de mis camaradas, encomiando á pesar suyo, al general Castaños, inmediatamente despues de haber derrotado las tropas francesas en los campos de Bailen. Cuando nos vimos obligados á ceder el terreno á los españoles, nuestro general, en el acto de entregar su espada á Castaños, le dijo: "Aquí tenéis la espada de un valiente que ha ganado tantas batallas." El castellano, con una moderacion que era para nosotros el escarnio mas humillante, le contestó: "General, esta espada me honra mucho, pero siento que en caso semejante no podria yo decir otro tanto: porque es esta mi primera campaña." Estas palabras hirieron hasta lo mas profundo el corazon de nuestro general y de la nacion francesa, porque no significaban otra cosa sino que un soldado hispano español habia sido bastante para vencer nuestras águilas victoriosas y temidas en toda Europa.

Esta carta que acabamos de trascribir, nos da á conocer lo que puede un pueblo de valientes que olvidando todos sus rencores privados y sus pequeñas rivalidades provinciales, se unen bajo el imperio de una sola voluntad para rechazar á un invasor que quiere conculcar sus derechos, su nacionalidad, sus costumbres, su religion, como queda consignado en estos pocos versos con que vamos á dar fin á nuestra nota.

Yo vide á un guerrero guiar su caballo por yermos vergeles, cual viva centella, imperios hundiendo, cediendo coronas, la ley con su espada dictando á la tierra;

Pero en Alemania tomaron incremento con especialidad las sociedades secretas, aspirando unas á la reconstruccion de la unidad germánica bajo la dominacion de la casa de Austria, otras á la division entre el Norte y el Sur ó entre Austria y Prusia; y todas, finalmente, á reconquistar su libertad. Los gobiernos entre tanto se valieron de ellas para oponer una fuerte resistencia á la opresion francesa, proclamando el amor á la patria, á la libertad, á la independencia, como lo habian hecho ya los revolucionarios veinte años antes.

En lo interior de Francia, no bastando ya la conscripcion, fueron arrebatados de sus hogares domésticos muchachos de catorce años para que sirvieran de grumetes en los buques; pues es de conocer que aquellos bellicosos franceses se negaban ahora á tomar las armas, habiendo llegado á ser heroismo el huir de las batallas. Se regalaban y se quitaban á antojo del monarca palacios y posesiones, despues de haberse doblado el valor de las cargas impuestas arbitrariamente sobre ellas. Y mientras el comercio se hallaba aniquilado, Napoleon estableció el monopolio vendiendo carísimas las licencias para introducir géneros coloniales. Arrojabanse al mar el azúcar y el café confiscados, mientras que por otra parte era vivísimo el deseo de obtener estos artículos; quemabanse las telas, al paso que el pueblo estaba completamente desnudo; y la miseria crecia con la falta de toda industria, siendo preciso para suplirla emprender obras grandiosas, como almacenes en la Bastilla y fábricas donde se ocupasen brazos á quienes no devoraba la conscripcion. El imperio se encontraba en una situacion igual á la de la antigua Roma, necesitando dar pan y espectáculos al pueblo para sosegarle. Pero en 1811 se aumentó mucho el hambre, y en pos de ella vinieron los tumultos, sucediendo á éstos el patíbulo, la esposicion á la vergüenza y los trabajos forzados, con lo cual decia el *Monitor* que se habia restablecido la tranquilidad.

Francia habia sido aclamada como bienhechora de la humanidad por las ideas que propagó, ya con los libros, ya con la revolucion ó con las simpatías que ésta escitó por do quiera. Pero el imperio napoleónico convirtió aquel afecto en ira, y el nombre francés ahora no significaba mas que arbitrarie-

y pueblos y reyes en crudo revés
caer humillados temblando á sus piés.

Empero la Iberia, cual roca en los mares,
sostuvo el empuje del fiero coloso
y súbita alzada rompió las cadenas,
el yugo, cual libre, lanzando de pronto...
Mas fueron esfuerzos de un solo querrero:
sus lanzas unidas se vieron arder.

(Nota del traductor.)

dad y latrocinio. Al principio los monarcas se hallaron en el duro trance de enviar á la guerra los ejércitos poco anhelosos de combatir, pero luego éstos debian arrastrar á la batalla á los reyes consternados. Napoleon no conocia mas lógica que la que le dictaba la victoria, y sus enemigos ponian en juego todos los medios que estaban á su alcance para seguir las mismas huellas. La invasion de España, si por una parte evidenciaba que todo era de temer de la ambicion del emperador, ponía de manifiesto por otra la posibilidad de resistirle.

En el vulgo cundia la voz estraña de que el emperador estuviere poseído de una manía de sangre, y de que la excomunion le quitaba el carácter de restaurador de la religion. Las conciencias timoratas pedian con ansiedad noticias del sumo pontífice, y los lamentos de un noble emigrado, de dos tribunos destituidos, de un hidalgo de Chambery que emprendió un viaje á Petersburgo y de una mujer desterrada tomaron un carácter terrible en el silencio tenebroso de aquella época, y la fuerza de la opinion pública, cuyo poder se sustrae de todo despotismo y aun de la gloria, iba adquiriendo cada dia mayores proporciones. Un cometa que se presentó á la sazón pareció á los pueblos, aunque escentos de supersticion, un indicio sobrenatural de la caida del hombre extraordinario, en quien debian de infundir mayor espanto las voces de patria y de independencia que por todas partes resonaban.

EPISODIO DE SUECIA.—LA LIBERTAD LLAMADA
A COMBATIR CONTRA EL LIBERTICIDA.

Agregados al imperio francés el Estado de Roma, los países situados á la izquierda del Rin, la Holanda y las ciudades Anseáticas (9 de Julio de 1810), la Etruria, Parma y Placencia, Napoleon sueña mas que nunca en la formacion de un nuevo imperio de Occidente.

El mal éxito de la expedicion de Walcheren produjo en la Gran Bretaña la caida de Castlereagh y Canning, y elevó al ministerio de negocios extranjeros á lord Wellesley hermano de Wellington, y hombre de sentimientos moderados. Habiéndose declarado entretanto al rey en un estado de completa demencia, se confió el sello al príncipe de Gales, todo lo cual infundía esperanzas de paz. Pero mientras Napoleon repetia que Inglaterra estaba al borde del abismo, ésta se engrandecía cada vez mas; fabricaba armas para toda la Europa beligerante, estendia sus colonias, y éstas y la América independiente ofrecian nuevos mercados á sus manufacturas. Las presas por lo demas enriquecian á sus corsarios y marineros; penetraba el contrabando inglés aun en los puertos mejor custodiados, tanto mas audaz cuanto mayor era el cebo de la ganancia, y en último resultado los únicos que padecian eran los consumidores. Repetidos insultos hacian